



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

△▽

Ruinas de la casa vieja

De las sólidas paredes que durante siglos fueron abrigo de la familia a lo largo de las generaciones ya no quedan sino los hondos cimientos y bloques yacentes en tierra. Bloques en los que la consolidación de los ladrillos parece tener la fortaleza espiritual de esos vínculos forjados en todos los vaivenes de un largo vivir y que subsisten a través de todas las ruinas. Puestos un día, en los albores de la ciudad, unos sobre otros por manos del ignorado alarife colonial, esos ladrillos vivieron la vida del hogar, juntos asistieron al mecer de las cunas y al trance de las agonías; juntos vieron prosperar y decaer la familia y, ahora, al desplomarse bajo el peso de los siglos, humillados y tristes en su miseria, se resisten a desintegrarse como temiendo la separación. Y el pico pertinaz ha de clavarse con furia en el cemento que los liga, repitiendo sus golpes y profundizando poco a poco la herida hecha, para llegar a separar uno a uno esos ladrillos⁽¹⁾ que durante siglos estuvieron unidos en la erguidez maciza de los muros. [12]

Caídas las anchas paredes, desplomados los techos, arrancadas las labradas puertas y ventanas y las rejas artísticas, primores de talla, he ahí delineadas por los cimientos las salas y las alcobas donde nacieron y murieron tantas generaciones de mi linaje. Viejo caserón de mis abuelos -¡qué ardiente melancolía enciende en mi alma el cuadro de tus ruinas! Por todos tus rincones veo pasar sombras que enternecen mi espíritu y me hacen revivir las horas de tu vida muertas para siempre.

Las voces ancestrales se reaniman con ecos fabulosos, como si clamasen su dolor por la decadencia de la casona en cuyos ámbitos ellas resonaron, siglo tras siglo, en todos los tonos de la ternura y de la pasión; ya junto a las cunas de los advenimientos venturosos, ya a la vera de los lechos mortuorios; ora acogiendo a los bienvenidos que llegaban a la morada, ora despidiendo a los que marchaban a cumplir deberes de guerra o de civismo; por momentos en gozosos diálogos de amor o en graves pláticas sobre negocios del hogar o de la ciudad. Muy lejos parece asomar doña Úrsula de Irala, cuya fragante doncellez quinceañera fue consagrada a la pacificación de «la tierra» al darla su padre, el conquistador Domingo Martínez de Irala, por esposa al arrogante capitán Alonso Riquelme de Guzmán. Y después, arrancando de este tronco legendario, nueve generaciones de límpido abolengo cada una de ellas, con sus bravos soldados y sus frailes de temple evangélicos y sus monjas piadosas y, sobre todo, con sus esposas y madres paradigmáticas. [13] Y llego así, en la décima generación, a los días en que mi madre juntaba bajo estos techos sus lágrimas de huérfana a las lágrimas de viuda de la autora de sus días cuyo esposo quedara en el campo de Estero Bellaco calcinado por el fuego de la guerra grande.

Portal abierto sobre la vieja calle de la Ribera. Lo veo en las horas del alba, dar paso a las abuelas que salían con diligente apuro, envueltas en negras vestiduras, para asistir a la primera misa cuyo anuncio les llegara a la alcoba en el claro son de la campana. Sombra la retorcida calle, sombras vosotras, os veo al leve fulgor de los luceros descender el empinado umbral, hundir la prunela de las botinas en la calzada acojinada de arena, bajar hacia la Plaza y torcer luego para encaminaros a la Catedral, uniendos en el camino a las amigas que iban a vuestro mismo piadoso menester. Y os veo regresar con el ánimo serenado por la dulzura de la comunión, y deteneros junto al portal entreabierto para epilogar con las vecinas la plática ingenua emprendida en el camino, mientras los primeros rayos del sol aclaran alegremente la calle.

Jazmín mango que, junto al portal, parecía anticipar la cordialidad de la casona. Cuántas veces, imagino, lejanas abuelas hicieron en su mocedad ofrenda de sus flores a rendidos y apuestos galanes, y éstos se alejaron de las furtivas y fugaces entrevistas aspirando su perfume y volviendo la cabeza para posar la mirada en la figura gentil que en la [14] media sombra de la tarde emergía tímidamente del balcón...

En el corredor, sostenidos por sólidos pilares, parecen resonar los pasos de muchas generaciones que a su sombra se acogieron en largas horas de tertulia y de labor. Allí veo el sitio de la abuelita centenaria que yo llegué a conocer, venerable figura cargada de años. Allí se instalaba ella, con el rosario en la mano, y allí recibía en la alta frente labrada de arrugas el beso de los que salían de la casa y la demanda de bendición con que hijos y nietos rendíanla reverencia. Las cuentas del rosario pasaban y repasaban sin cesar entre los dedos de la anciana, cuyos labios apenas se movían, como si su rezo fuese un íntimo gozar de las perspectivas de bienaventura presentidas por su fe en aquel dulce crepúsculo de su vida. En torno de la abuela, las jóvenes aplicaban su habilidad industriosa a las labores del encaje, del tejido o del bordado, mientras los pequeños de todas las edades discurrían de aquí para allá jugando incansablemente. Y no faltaba nunca en la tertulia, la vecina, la comadre o la ahijada que acudían llevando, con los materiales para su labor, la última noticia del pequeño mundo social que era Asunción: un noviazgo, la ordenación de un sacerdote, la enfermedad de persona amiga o el próximo sermón del Padre Frasier. Ligeras en el bienestar humilde de la tranquila tertulia, las horas pasaban rápidamente.

La brisa vespertina trae ahora y difunde por el ancho corredor el toque de *Ángelus* que suena místicamente [15] en la campana de la Matriz y tras del cual una honda beatitud invade la casona. La abuela pónese de pie, venciendo sus achaques, y despaciosamente se santigua, une luego con unción las manos temblorosas y reza en voz alta la salutación ritual. Todas las mujeres han imitado su ejemplo, y los hombres que en ese momento llegan como a una cita, oran también en la misma actitud; que en aquellos tiempos dichosos, las prácticas cristianas eran a la vez gala de hombres y de mujeres bien nacidos. Acabado el rezo, la abuela da su bendición, apóyase en alguna de las hijas y se retira a su aposento para recogerse. En vano la ruina ha echado abajo el viejo corredor, porque mis ojos lo reconstruyen en su animación de los días idos para siempre, y un tropel de voces oídas en las evocaciones del pasado secular sale a mi encuentro y me repite los temas de las virtuosas asambleas familiares...

Y reconstruyo, también, el destruido salón. Es la hora que sigue a la cena y todavía vaga por la casona el eco de la oración elevada a Dios en acción de gracias por el pan de ese día. La madre y las hijas se han reunido en el salón porque aguardan visita de cumplido y no es el patio cubierto de florecidas enredaderas, ni el corredor sombrío, donde pueden recibirla. El padre ha salido para asistir a una grave reunión de cabildantes. Lllaman quedamente a la puerta y una esclava acude. Entra alguien y la voz de la doméstica anuncia un nombre. Oigo en la reconstrucción imaginativa de la escena, la voz de la madre -¡lejana abuelita!- que invita [16] a pasar adelante. El recién llegado pone en manos de la negra una airosa capa y la chistera refulgente y avanza luego hacia el estrado donde la señora mayor le acoge afable aunque ceremoniosamente. Y veo también, en la total evocación que reanima ecos y figuras, a la joven damita a quien la visita ha conmovido y en cuyos ojos azorados se clava el mirar escrutador y malicioso de hermanas y primas. Saludos afectuosos, aunque no exentos de cierto estiramiento. La conversación se inicia y se mantiene entre el visitante y la señora mayor. Aquél es el novio de Lolita, pero entre los prometidos, sólo hay furtivos cambios de mirada, después del apretón de manos con que se comunicaron la efusión de sus almas. Y pasan los años. En aquella Lolita del lejano romance, veo a la madre que repite en el viejo salón la misma escena, y a la vuelta de más años, aquélla es ya la abuela agobiada bajo el peso de un largo vivir y que al toque de *Ángelus* se pone en pie, se santigua y reza alabando a Dios y pidiendo su bendición para el hogar del que muy pronto va a partir...

Pero no ya suspiros de enamorados tiemblan ahora en el salón. Una gran congoja lo conmueve. Doble fila de cirios lo alumbran lúgubrementemente. Vélese allí un muerto - ¡cuántos, cuántos, Dios mío, en el transcurso de siglos!- y junto a él llora su viudez la esposa o su orfandad el grupo de hijos -que fueron siempre muchos los hijos nacidos en la casona- o su esperanza malograda la madre cuyo niño yace yerto. Viejo salón que ya no existes, pero [17] que yo reedifico y veo en todos los detalles de la vida familiar - ¡cuántas mudanzas vistas sucederse, y cuántos ecos contrapuestos, de alegrías y tristezas, de risas y lágrimas, guardaste en tus rincones hasta el día en que tus paredes viniéronse abajo! ¡Cuántas veces, mientras entre tus cortinados se animaba la tertulia con el chisporroteo de algún ánimo ingenioso, por las ventanas llegó el tumulto de la pendencia colonial bullente en la penumbra de la calle! ¡Cuántas veces la conversación fue entre tus muros interrumpida por el ruido de armas de un piquete del Dictador Francia, que pasaba cortando siniestramente el silencio de la noche, en el terror de aquellos días, para cumplir alguna trágica misión! Ruido de armas... Veo a las abuelas acurrucarse miedosamente en los grandes sofás, mientras ponen el oído atento al escalofriante rumor que pasa. ¿Se detienen? ¡Virgen Santa, si vendrán a casa! Se oye en

el salón el latir de los corazones. Alguien se arriesga a sacar la cabeza por un balcón para aguaitar recelosamente. El piquete no se ha detenido. Allá va, calle abajo, a golpear quien sabe en qué puerta señalada por el rigor del déspota para dar entrada a su venganza. Vuelve la calma, pero nadie dice una palabra; todos callan, porque el espanto de la época sella los labios, hiela la confianza y se cierne en una angustia de muerte sobre la ciudad y los hogares.

Y de nuestra pasada guerra -la de 1865- ¿qué me dice el viejo salón que mis remembranzas reconstruyen? ¡Ah, cuántos días de dolor, de angustia, de [18] lágrimas y duelos! Allí, entre esas paredes, el novio que marchó a la pelea hizo su visita postrera y, con anuencia de la madre, puso sobre las mejillas de la prometida el beso que no habría de repetir. Allí se rezaron las novenas por el padre, el esposo, los hijos y hermanos que cayeron en las batallas y que allá lejos yacen para siempre en ignoradas sepulturas. Desde esa ventana las mujeres y los niños que en la casona quedaron, dieron el último adiós de su desesperanza a los que el huracán de la guerra se llevaba. Y un día, el más triste de los días, ese salón se cerró y las damas que en él ejercían el señorío de su gracia salieron de la casa, abandonaron la ciudad y marcharon sin destino, en éxodo fabuloso a través de su infortunio. Salón de la vieja tradición familiar que no existes -¡con cuánta realidad se levantan tus muros caídos y en las ventanas se agitan los cortinados movidos por la brisa de la tarde, y del amplio ruedo de butacas álzase el romántico rumor femenino de tres siglos de tertulias!

¿Y lo que fue comedor de la casona? Humea la sopa en la ventruda sopera y la lámpara pendiente del techo esparce su oscilante luz roja a través de la pantalla. Todos están ya en torno a la mesa. En una y otra cabecera el padre y la madre; junto a ésta los hijos más pequeños. Siéntese en el ambiente el abrigo de un dulce y perfumado calor de familia. Imagino que afuera llueve y hace frío, y que el ver caer la lluvia a través de los cristales acentúa el bienestar hogareño. Antes de empezar la cena, el [19] padre bendice la comida, después de santiguarse devotamente. ¡Qué encanto el de esas modestas colaciones, hechas en la santa paz de la familia! La madre y las hijas entran cada día en la cocina a practicar sus destrezas y el padre y los hermanos alaban complacidos el sabor de los manjares. Que así fueron las abuelas: tan señoronas en el estrado brillante, como expertas en las oscuras faenas de la casa, a las que ponían mano con acendrado deleite que florecía en la perfección de un plato, en el primor de un tejido o en el esmero de una costura.

¡Caserón de los abuelos! La tradición de la ciudad en cuya página más lejana yérguese tu amplia fábrica, parecía haberse refugiado entre tus paredes, cuando las cosas y las gentes sufrieron las tristes mudanzas de los tiempos. Por sobre tus muros emergía un romántico perfume de leyenda. Un grano de incienso parecía arder y levantar su llama perfumada al pie de la Santa Imagen, en la alcoba penumbrosa de donde volaba el eco de una prez. El paso de las muchas generaciones que en tus aposentos nacieron y vivieron resonaba bajo tu imponente tejado, y en tu acera vagaba un eco del pasar ansioso de los galanes que acechaban en tus rejas voladas la gentil presencia deseada. Yo miro tus ruinas, caserón de mis abuelos, y sólo veo tu vieja estructura intacta y oigo en tu corredor y en tus salas las voces familiares que silenció la muerte... [20]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

